MUÑECOS

ALEJANDRO BELLVER

FARSA ESCÉNICA EN UN ACTO

EN PROSA

A Rafael Aguilar,

con un abrazo.

Alejandro Bellver

21 Octubre 1921

MUÑECOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MUÑECOS

Farsa escénica en un acto, en prosa

original de

ALEJANDRO BELLVER

Estrenada en el Gran Teatro de Játiva

el 5 de Junio de 1921

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. E. ORRAS

N.º de la procedencia
3875

1921 — IMPRENTA VALENCIANISTA, CALLE DE MIÑANA, NÚMS. 7 Y 9

A don Ramiro Armero

Yo no he de olvidar jamás el aliento que recibí de esa casa. Si un día la vida me lleva lejos y sigo escribiendo comedias, no debe sorprenderle este telegrama: «Obra nueva. Llego expreso. Comuníquelo doña Mercedes.» Porque yo, por costumbre, por cariño, por gratitud, no podré ya pasar sin dedicar a ustedes «la primera lectura»; esa primera lectura que tiene para el autor la dolorosa ansiedad—vibración de carne y espíritu—que para la virgen el hombre en la primera entrevista de amor. Cariñosísimamente.

722273

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Muñeca Rubia.	Srta. Marita Juliá
La Novicia.	» Carmencita Díe
La Damita de la Cruz Roja. . .	» Marita Casesnoves
Colombina..	» Maruja Castell
La Apache..	» Marita Bellver
Manolita.	» Pepita Martínez
La Pepona..	» Nievecitas Casesno
El Paje..	» Amelia Martínez
La Señora de compras.. . . .	» Isabelita Alfonso
La dependiente del Bazar.. . .	» Rosita Martínez
La niña que escribió a los Reyes..	» Cecilín Sanz
El Payaso.	D. Vicente Sanz
Pierrot.	» Pepe Bellver
El Poeta.	» Joaquín García
El Padre Antón.	» Ramón Valls
El Cadete.	» Ernesto Sanz
Napoleón.	» Eleuterio Esteve

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO ÚNICO

La escena en un Bazar la noche víspera de Reyes. Al foro un gran es-
parate que mira a escena, donde aparecen, en primer término, La Novi-
, La Apache, La Muñeca Rubia, Colombina y la Damita de la Cruz
ja; en segundo, más altos, El Poeta, Manolita, El Payaso, Napoleón,
Pepona y El Paje. En la primera derecha gran puerta de cristales, paso
tras dependencias, iluminadas. En la primera izquierda, puerta con por-
r; en la segunda, escaparate más chico, donde aparecen, vistos desde el
lico, El Cadete, Pierrot y El Padre Antón; la tercera, un ancho pasi-
iluminado. En el ángulo de éste y el escaparate grande, la Caja; una
a ligera junto a ésta. Al centro de escena, un banco. En los huecos de
paredes, jardineras. Colgados en los escaparates unos pocos jugue-
, entre ellos un caballo y una pistola. El escaparate grande tiene dos
rtas practicables y una el pequeño. Al levantarse el telón, suenan en
reloj los tres cuartos de doce. Muy iluminados los escaparates.

ESCENA PRIMERA

La Señora, La Niña y La Dependiente, por la primera derecha.

Señora. ¡Oh! Son lindos estos muñecos. Tenía usted razón. Tienen una expresión humana. Diríase que ilumina su rostro un reflejo de pensamiento.

Dep. Lo mejor del Bazar, señora, y, naturalmente, lo más caro... Es la sección más visitada y la que menos ventas hace, por eso mismo, por el precio de los juguetes. Mire usted, señora: Ahí está Tony, que lleva dos años en la casa.

Señora. ¿Quién es Tony?

Dep. El Payaso. Los muñecos tienen sus nombres propios.

Cuando no, los distinguimos por sus trajes. Así lla
mamos, la Novicia, la Colegiala...

Señora. Es admirable este payaso; un poco serio; acaso de
masiado serio. El artista ha debido sorprender es
gesto y esa actitud en un momento de descanso de
payaso, que ha representado, además, viejo y com
agobiado por un gran dolor... El de una hija enfe
ma o ausente tal vez.

Depen. Así será...

Señora. Demasiado triste. ¿Y este pajecillo?

Niña. Yo quiero la muñeca rubia. ¡Yo no quiero ese pay
so feo!

Señora. Ya lo oye usted. Pero eso has debido decirlo en
carta a los Reyes.

Niña. ¡Yo quiero la muñeca rubia!

Depe. No tiene mal gusto la nena. Advierta la señora q
juega los ojos, la cabeza y los brazos; y que anda:
una mujercita. El artista que la hizo se enamoró
ella. ¡Acabó loco! En su delirio la acusaba de no t
ner corazón. ¡Perdido el pobrecillo!

Señora. ¡Oh! Es bella la fábula. La muñequita que se olvi
el corazón... ¡La muñeca trágica!... Es famosa la h
toria. Me quedo con ella. ¿Puedo mandar a recog
la luego?... ¿No van ustedes a cerrar?

Depe. Siempre se pasa una hora en recoger. Esperarem
a la señora. Hasta la una puede la señora contar.

Señora. Mejor. Así dejo a la niña con su padre y vengo y
recogerla. ¡No vayan a darla un golpe las muc
chas!

Depe. Como la señora guste.

Niña. ¿La muñeca rubia para mí?

Señora. Sí, preciosa, sí. Tú vas a ser muy buena y los Rey
te van a dejar la muñeca rubia.

Niña. ¿En el jardín?

Señora. En el cuarto de la Chacha.

Niña. ¡Quiero ver a los Reyes!

Señora. Si no enrabias más a la abuelita, los verás.

Niña. Tonín dice que los Reyes no es verdad. Pero yo é
que sí es verdad, pero que los Reyes le han castiga o
porque ha dicho mentira.

Señora. ¿Tonín ha dicho mentira de los Reyes?

Niña. Sí, que yo lo sé. Porque su mamá le dejó al bal n
sus zapatos para que los Reyes le dejasen dulce y
Tonín, cuando su mamá se había dormido, puso o o
zapato de su papá para que le dejasen más. Y n
los Reyes y dicen: Mira, Tonín ha puesto tres za a-
tos... Y como tenía pecado, pues no le dejaron na a.
Por eso dice que no hay Reyes. ¡Pues mira co o
lloraba, que yo lo sé porque su hermanita lo vió!

Depen. Es muy linda la nena.

Señora. ¿Y éstos?...

Depen. El Cadete y Pierrot. Los brujos. Por brujos los tenemos en la casa. Es una historia un poco extraña. Estos dos muñecos, entonces en ese escaparate, aparecían todas las mañanas derribados. Un día encontramos en manos de Pierrot una hoja de acero, sin podernos explicar cómo pasó allí desde la sección de Ferretería. ¡Cosa de duendes, señora!... Hicimos trasladar aquí este escaparate, y los metimos en él; quedaba un hueco, y colocamos a Colombina. Pues al día siguiente observamos, ahora muy serios, que Pierrot tenía la ropilla destrozada y un brazo roto. «Estos se lían a golpes por esa mujer—dijo el cajero riendo, y añadió:—Dadles al fraile por compañero». Se hizo así, pasó el Padre Antón a ocupar el sitio de Colombina, y ya, desde entonces, hubo paz en la casa de los muñecos. ¡Cosa de brujas, señora!

eñora. ¡Es curioso!...

epen. Para nosotros, sí, señora, porque estos monigotes son como de la familia. Pero... estoy molestando a la señora...

eñora. ¡No, no! Es interesante todo esto.

epen. Muy amable la señora... Aquí tiene usted a la Apache; tiene novio, ¡no crea la señora!; un inspector de policía la corteja y la surte de cigarrillos. Manolita, esa morenita que viste de negro y tiene los ojos tan grandes, es el Benjamín de la casa. La Muñeca Rubia es otra cosa: es el orgullo del Bazar. Y la Damita de la Cruz Roja, y el Poeta, y la Novicia, y la Pepona... Son como una familia que tiene la ventaja, sobre la de una, que molesta menos y no pide dinero.

Señora. ¡Es verdad! (*Riendo.*) Muy gracioso.

Depen. Cuando se vive algún tiempo entre ellos se les tiene por séres inteligentes y hasta llega una a sospechar si hablan estos muñecos. Claro, que en un lenguaje desconocido para los demás.

Señora. ¡Oh! Tiene usted una imaginación loca.

Depen. No crea usted, señora. En serio. Algunas veces, a la hora de cerrar, cuando apagadas ya las luces he tenido necesidad de cruzar este departamento para recoger algo que se me olvidaba—el bolso, un libro, los guantes—, me ha parecido oir como rumores de conversación aquí dentro. Una noche, yo estaba despierta, yo no tengo miedo, y, sin embargo, juraría que oí voces de disputa...

Señora. ¡Bonita, muy bonita la fábula!...

Depen. ¿Fábula?... Sí, también creo... Como la señora dice... (*Dirigiéndose a apagar las luces.*) Con permiso...

Niña. ¡Mamá!... Tengo miedo... El tonto, el tonto feo me mira...

Señora. ¿También tú?... ¡Anda, rica, anda y no seas tontina!

Depen. Así no he de regresar sola, por si acaso. Que si esta tropa entiende nuestro lenguaje, no me verá esta noche con muy buenos ojos, después de lo que le he contado a la señora... (*Salen las tres por la tercera izquierda. La escena queda a oscuras, excepto el pasillo que se destaca iluminado. Por la puerta de cristales de la primera derecha, entra luz de luna que se proyecta sobre el escaparate y las figuras del primer término, muy especialmente. Suenan las doce en un reloj de torre: doce campanadas, graves, espaciadas, de larga vibración. A cada una de éstas hacen un movimiento uniforme los muñecos: tres, arriba los brazos; tres, de cabeza, de derecha a izquierda; tres, de izquierda a derecha, y tres, de brazos, quedando rígidos. Antes de acabar éstas se oyen ya las doce en otra torre más lejana, doce campanadas alegres, del Convento de monjas. En seguida, las doce campanadas musicales, atropelladas, de un gran reloj de pared, en el mismo Bazar. Se animan las figuras de la Muñeca Rubia, Novicia y Damita de la Cruz Roja*

ESCENA SEGUNDA

La Muñeca Rubia, La Novicia y La Damita de la Cruz Roja.

Muñeca. ¿Habéis oído?... Las doce en los Franciscanos. Voces de agorería, las voces de esas campanas. Para el cortejo de las ánimas en pena y de los ajusticiados. Contestaron las Clarisas, esas dulces campanitas de las monjas, que son como un juguete de cristal, y la gran sombra de los atormentados por la visión del infierno cabalgó perseguida por la luz de luna de las que sonríen al niño Jesús.

Novicia. Los Reyes Magos vienen de camino, y la tropa infantil duerme el sueño ligero de unas horas de espera y de ilusión. Tenemos la noche por nuestra. ¡Noche propicia a todos los sueños y a las maravillas todas! Así, cosa de maravilla ha de parecerte cuando se animen estas figuras, y rían, y lloren, como de carne pecadora.

Damita. Dios ha querido concederte la gracia de que entiendas hoy el torpe lenguaje de estos muñecos, y fuera

dar el alma al diablo rechazar la divina bondad. He aquí el milagro, el suave milagro de que estas damitas y caballeros se presenten con las mismas pasiones que impulsan tu vida.

Muñeca. Verás cómo una muñeca toma venganza del fantoche que la desdeñó, y cómo a la misma justicia seduce, ofreciéndole la roja herida de su boca. Porque... no te hagas ilusiones. Tú no eres más que una figurilla de cera virgen, hasta que una mujer, una, la primera que se cruza en tu camino, te imprime la huella de su corazón y te infunde vida con el calor de sus labios.

Novicia. Más tarde, cuando disponga quién los muñecos maneja, volveremos a nuestro puesto, hasta que nos llegue la hora de la liberación, que no será más que una forma distinta de esclavitud.

Damita. Exactamente lo que a ti te pasa. «Así, pues—dirás—, tu vida es remedo de la nuestra». ¡Vanidad! ¡Vanidad! Ese es tu pecado. Es la tuya reflejo de la de estos pulcros y aseados polichinelas. A la caravana que a ti llega sólo eres superior en crueldad. Y por eso necesita de tu promesa de indulgencia. ¡Por amor de caridad...! No nos maltrates.

Novicia. Piensa tú que un día, al pasar, escogerás entre esta familia, y que tu hija o tu nieto, ese nieto de pelo de oro que te recuerda a una novia muerta, acaso nos clave los ojos con un alfiler negro, o nos destripe curioso con aquel punzón de marfil que su madre guardara en la canastilla de encaje, como recuerdo de la fiesta de sus bodas...

Damita. ¡Por amor de caridad!... Tú que eres hombre que leyó muchos libros, sabes que así hablaban los monarcas en tierra de Castilla, para solicitar merced... ¡Y eran nobles y bravos!

Muñeca. Han de presentarse a ti, Colombina, inquieta y deslumbrada; la Novicia, flor de humildad en esta posada de la vida, abierta, como la vida, al borde de un camino y a merced de todos los vientos; el Paje, que evoca los fosos y las almenas de los viejos castillos, y la Damita de la Cruz Roja, pájaro de los campos de batalla que asistió a los heridos en la línea de fuego, y sabe del divino pecado de dar un beso a un moribundo que, en la noche de fiebre, a las puertas de la noche eterna, la tomó por su novia ¡el malpocado! y la pedía la limosna de su boca húmeda para aplacar su sed de corazón. Desfilarán también el Poeta, y la Pepona, y Napoleón, y el Fraile, y la Apache, y el Cadete, ingénuo y fanfarrón; y, finalmente, conocerás a Tony, el viejo Payaso y Justicia

Mayor de esta farándula, que castiga cuando del castigo necesitan sus querellas, y sabe del corazón femenino cuanto un hombre puede saber, que amó a muchas mujeres y tiene siempre una sonrisa gentil y una frase galante para las damas, con la gracia amable de un viejo cardenal del Renacimiento.

Damita. ¡Noche de Reyes!...

Novicia. ¡Noche que aroma la leyenda de una fábula rosada como un amanecer!...

Muñeca. ¡Noche de sueños maravillosos!... Maravillas has de ver.

ESCENA TERCERA

La Muñeca, despertando a los muñecos y saltando a escena. El Paje enciende las lámparas rojas y azules del escaparate de ellos, y se enciende una diabla del mismo tono. Después, cuando salen los muñecos del escaparate más pequeño, el Paje enciende las de éste.

Muñeca. ¿Dormís?... ¡Tú!... ¡Tú!... Y vosotros. ¡Arriba!

Colo. ¿Qué hora es?...

Muñeca. Las doce.

Novicia. ¡Las doce!... La hora de las brujas y de la misa negra.

Damita. A las doce oí yo la de Nochebuena en el campamento, y no el diablo, sino Dios, tomó cuerpo en la Sagrada Forma ¡Dios Nuestro Señor!...

Novicia. ¡Alabado por siempre sea!

Poeta. El nos dé una noche hermosa y una novia pálida para cantarla bajo la paz augusta de los cielos.

Napo. ¡Coplero más ridículo!...

Payaso. ¡Pues qué!... Su papel hace en la farsa, señor soldado. Todos tenemos una hora en que se abre nuestro espíritu a la caricia de unos versos.

Napo. Así agoniza la raza. ¿Dónde fueron aquellos hombres que, después del combate, se disputaban a cuchilladas los favores de una buena moza?... No será grande un pueblo mientras los hombres tengan ternuras de mujer.

Payaso. ¡Oh, gran Dios!... ¿Y cuándo no tuvieron ese fondo de ternura? Imbéciles, que nos creemos más hombres cuanto mejor la hurtamos a la mirada de los demás. ¿No te emocionó a ti nunca una cuna vacía?... ¿No recuerdas haber llorado por una mujer?...

Napo. ¡Payaso al fin!...

Payaso. ¡Y bien, sí! Un pobre payaso que lleva siempre en los labios una flor y en la mano un corazón.

Apache. Buenas noches, soldado.

Napo. ¿Quién eres tú?

Apache. La amiga de la noche y de los que «trabajan» con vistas al patíbulo. El espíritu del mal que ofrece una copa de champagne en la copa de sus labios.

Antón. ¡Hermanos!... Habéis olvidado, ¡Dios os perdone!, que aquí hay tres pecadores que esperan les sea abierta la puerta de su prisión. ¡Haced favor!... ¡Haced favor!...

Apache. El fraile que pide un poco de champagne.

Antón. Yo no pido esas cosas, hermana; yo no pido esas cosas.

Muñeca. *(Abriendo.)* Salga usted, Padre. Buenas noches, Pierrot. ¿Viste a Colombina?... ¡Vigila, Pierrot, vigila que la traición acecha!

Pierrot. ¿Qué hablas de traición? ¿Sabes tú algo?

Muñeca. ¡Qué importa eso!... Cuando se tiene la amante guapa, no se debe vivir confiado.

Pierrot. Tienes razón. La seguiré los pasos, y si me engaña ¡ay de él!

Muñeca. ¿Y a ella?...

Pierrot. A ella no. Tendría que matarla, y eso sería perderla para siempre.

Muñeca. ¿No queréis saludarme, señor Cadete?

Damita. Poeta: ¿Dónde van tus pensamientos?... *(Junto a la puerta de cristales.)*

Muñeca. Hacéis la corte a Colombina, señor Cadete. Habéis rechazado por su amor el amor de una dama, que no os perdonará nunca la humillación. ¡Oh! Llevad cuidado, que ese camino puede costaros la vida. No lo olvidéis, señor Cadete. (*Este sale tercera izquierda, gallardo y fanfarrón.*)

Poeta. ¿Véis esa luz?... Es una mujer desvelada. No sé como es; no la vi nunca, no la veré jamás; pero me atrae esa lámpara solitaria que tiembla en la noche como un corazón que agoniza, como una estrella que nace...

Pierrot. (*Al ver salir a Colombina tercera izquierda.*) ¡En guardia, Pierrot! Cuando se tiene la amada hermosa, no hay que vivir confiado. ¡Vigila, Pierrot, vigila, que la traición acecha! (*Sale por la tercera izquierda.*)

Damita. *(Al Poeta.)* ¿Y la Muñeca Rubia?

Poeta. Ama en secreto al Cadete.

Damita. ¿Qué me cuentas?

Poeta. Y el Cadete no la quiere.

Novicia. Buenas noches. ¿Estorbo?

Damita. ¡Por Dios! Los Poetas gustaron siempre de la serena quietud de los claustros, como un refugio propicio a la música de sus versos.

Novicia. Yo gusto del trato del señor Poeta, porque cree en Dios. ¿Cómo está?

Damita. El señor Poeta anda mal herido por el amor de una bella desconocida. (*Saliendo los tres por la primera derecha. Detrás, la Pepona y el Padre Antón.*)

Payaso. (*A Manolita.*) Estás triste, nenita.

Manolita. ¿Cómo quieres que esté?... Es la noche de Reyes. Todos los años, esta misma noche, venía a verme mi mamá. Tú lo sabes. «Llévame contigo» la decía yo con los ojos llenos de lágrimas. Y ella, la pobre, comiéndome a besos, con una vocecita que temblaba de emoción, me decía siempre: «Espera, espera algún tiempo más; al otro viaje... al otro viaje...» Y así un año, otro y otro... «Espera, espera algún tiempo más... al otro viaje...» Y un año emprendió aquel viaje que yo odiaba con toda mi alma, y de aquel viaje no volvió... Tú lo sabes. Déjame con mi pena.

Paje. (*A Napoleón, dirigiéndose a la primera derecha.*) Decidme, señor; ¿es cierto que una granada fué a estallar a vuestros pies y que os mató el caballo...? Mi señora tenía la pasión de la historia de los guerreros, y se entregaba a la lectura de las acciones más famosas, en esas noches de invierno en que el viento aulla en los campos y llena de rumores misteriosos los viejos calabozos del castillo.

Napo. Eran otros tiempos, muchacho. Se acabó la raza gloriosa de los aventureros que ensancharon el mundo. Hoy se llama cúmulo de falsedades a la historia y se nos llama bárbaros a los generales que acometimos empresas de locos, si no fueran de dioses. ¡Menguados tiempos estos que corren!... Has de educarte en la vieja escuela de mi guardia de veteranos. Quiero que aprendas lo que es una voluntad al servicio de un brazo de hierro. Verás. He de narrarte hoy mi expedición a Egipto, que es famosa. (*Dirigiéndose con el Paje hacia la primera derecha.*) El día 2 de Julio de 1798, y después de apoderarme de Alejandría, partía con mis soldados para el Cairo. (*A tiempo que salen estos por la primera derecha, sale Manolita por la tercera izquierda, triste, lentamente.*)

Muñeca. (*Por Manolita.*) ¿Dónde irá?

Apache. En busca del Cadete.

Muñeca. Dicen que son novios.

Apache. Y que tienen debilidad por la Sala de Pruebas, donde hay unos divanes como para una escena de amor.

ayaso. ¿Por qué habláis así?... Es dar proporciones de escándalo a una cosa pequeña, y en ello va el honor de una mujer. Por eso en los pueblos, donde la gente no tiene muchas ocupaciones, nos encontraremos siempre con doncellas que tiene perdida la fama mucho antes que la virtud. *(Gran pausa.)*

pache. *(Bostezando.)* Está la noche como para un negocio.

ayaso. ¿Qué hora es?

pache. No sé.

ayaso. ¿No sirve ese reloj?

pache. ¿Otra vez?... Ya sabes que está *parao.* Y que no quiero que me hablen de eso.

ayaso. ¡Oh! perdón, señora Apache. No me acordaba. ¡Sí, sí!... Exacto... Está parado... A las dos en punto. ¿Es la hora en que mataron a tu amante, no? Groom —¿no se llamaba así tu novio?—lo llevaba en la muñeca cuando aquel policía le destrozó la cabeza de un pistoletazo. Ya recuerdo... Tu amante hizo una pirueta grotesca y cayó para no levantarse más. ¡Pobre Groom! Eran las dos en punto... Al amanecer tú saltabas por una ventana del Depósito y te apoderabas del relojito. Estaba parado a la hora en que se paró el corazón de tu amante... ¿Ves? Recuerdo, ya recuerdo.

pache. Es cierto. Aquel ladrón mató a mi hombre, y yo debí ya haberle matado a él. Es cierto. Yo salté por una ventana y penetré en el Depósito, y me apoderé de este reloj, tan fuertemente sujeto a la muñeca del muerto, que tuve que destrozar la carne con los dientes para arrancárselo. Era para mí un recuerdo. Era mío. Se lo regalé yo a mi hombre la noche... bueno... la primera noche que le conocí... Eso es todo. *(Aparece en la tercera izquierda Colombina, como burlando a alguien que la persigue.)*

Muñeca. ¡Payaso! ¡Payaso!... Con disimulo, mira quién está ahí.

Apache. ¡La señora Colombina, Payaso!

Muñeca. Está enamorada de ti. Mientras el Cadete y Pierrot se dan de puñaladas, ella viene en tu busca. ¡Oh! Es un lirio, un gran lirio blanco que suspira por tu amor... Adelgazó la señora Colombina.

Payaso. El corsé. Se aprieta mucho el corsé la señora Colombina.

Apache. Oye, no; está más pálida.

Payaso. Será alguna afección del hígado.

Muñeca. Tú eres su última aventura.

Apache. Si la desprecias se casa otra vez con Pierrot.

Muñeca. Y dicen que hará voto de no faltarle a su marido, y de olvidar a todos sus amantes.

Apache. Que es la manera de recordarles todos los días.

Payaso. Y lo que es peor, todas las noches. *(Al ver al Paj en la primera derecha.)* ¡Perdonad!... *(Habla a sola con el Paje. Colombina desaparece de nuevo por l tercera izquierda.)*

Muñeca. ¿Qué querrá el Paje del Justicia?

Apache. ¿Crées que al Justicia busca?

Muñeca. ¿Alguna dama principal?

Apache. Una dama, seguro.

Muñeca. ¡Oh! Tiene arrugas en la frente.

Payaso *(Después de despedir al Paje.)* Acertáis...

Muñeca. ¡Si no hemos dicho nada!...

Payaso. Habéis maliciado que el Paje era portador de emba jada de hermosa.

Apache. Puede.

Muñeca. ¿Que te solicita?...

Payaso. Que me ordena.

Muñeca. Y es conocida por...

Payaso. Por... A fe que es lindo nombre para dicho muy baj en el recato de una alcoba.

Muñeca. ¡Es pecado divulgarlo!...

Apache. ¿Y hacerlo, no?

Payaso. Es el mismo pecado, pero lo agrava lo primero.

Muñeca. Eres enamorado y eres... discreto.

Payaso. He aquí la aventura de Villamediana. Cierta incó nita se muestra propicia a recibirle, mas pone co dición; el galán ha de ser armado en la Orden de l tres Eses: ha de ir *Solo*, *Sumiso* y *Secreto*.

Muñeca. ¿Y el galán, contesta?

Payaso. Contesta el galán: irá; mas la dama ha de ofrec en prenda no es *fea*, *flaca* ni *fría*.

Muñeca. Id, pues. No hacer esperar a una hermosa es come zar a agradarla. ¡Si los hombres supieran el ridícu en que ponen a una mujer que espera, se adelant rían siempre a las citas!

Payaso. *(En voz baja.)* Atended. Una palabra vuestra y e dama pasará la noche, es poco, la vida, esperand

Muñeca. ¿De veras?... *(Riendo, desdeñosa.)* No os hagáis perar, señor Justicia.

Payaso. Ya sé que os inspiran lástima las arrugas de frente, señorita Muñeca. Tenéis tersa la vuestra, es blanca como la carne de las magnolias. Mas aquí la poética frase del filósofo, que me consue ¿Las arrugas de mi frente decís? «Todavía sirven asilo a los amores». Es preciso ser un poco vi para comprender la amargura de esta confesió ¡Buenas noches, hermosas! *(Se inclina y sale pri ra derecha.)*

Apache. ¡Buenas y... sentimentales! ¡Caray con los hombr

uñeca. ¡Los hombres!... ¿Sentimentales los hombres?...
pache. Los hay. Y muy «apañaditos».
uñeca. ¡Bah! Todos te miran las piernas antes que a los ojos.
pache. ¿Todos?... ¿Y el Cadete, no?
uñeca. ¿Qué quieres decir?
pache. Que estás loca perdida por ese niño y que la pasas negra porque él sólo piensa en Colombina. ¡A ver qué vida!... ¡Pues si una no viera estas cosas, ursulina!

ESCENA CUARTA

Dichas, y, desde la primera derecha, El Poeta, sin avanzar.

eta. La noche os brinda con el divino espectáculo de la nieve. Las ramas desnudas de los árboles parecen varas floridas; es un campo de almendros en Febrero; hay cientos, hay miles... Venid, señora Apache. Y vos, señorita Muñeca. Asomada a ese florido jardín de ensueño, vuestro poeta ha de cantaros. Ved, un millón de nardos os saludan... (*Salen primero la Apache, sigue la Muñeca y cierra el Poeta.*)

ESCENA QUINTA

P la tercera izquierda, Colombina y Pierrot. Después, por aquí, el Cade-E, que cruza, invitando a Colombina a seguirle, y sale por la primera zquierda.

C o. Eres insoportable, Pierrot.
Pi rot. Eres coqueta, Colombina.
C o. Soy la Mujer.
Pi rot. Una mujer. No eres la Mujer.
C o. Bueno. Yo no entiendo de eso. Me cargan tus celos. Eso es lo que sé, y lo que te digo.
Pi rot. No quiero verte con el Cadete.
C o. Me gusta hablar con él. Pero nada más. Es guapo, es rico y es alegre. Tú no eres alegre. Me aburren tus escenas. A tu rostro no asoma jamás la risa.
Pi rot. ¡Y cómo si de niño no reí nunca!... Mi padre—ya tú sabes la historia—trabajaba en un Circo. Allí conoció a mi madre, y de aquella hora de ilusión nací yo.

Pero mi padre dió en beber y en pegar a mi madre y fué el envejecer, y el perder la gracia para la pista y la falta de contratos, y la miseria. Y fué entonces el rodar por el mundo en una carreta y el representar nuestras pantomimas lamentables en aldeas y en mesones, ante un público de chiquillos y buhoneros... Y fué el arrear como bestias por esos caminos, olvidados de Dios, y el llorar como niños abandonados. Así se entró en mi alma toda la pena del mundo, y así, a los veinte años, era ya un viejo coplero del dolor. Y quise reir y no supe. Y nadie me comprendía... ¡Nadie! Porque nadie comprende lo triste que ha de ser un hombre que no vió nunca reir a los suyos. Entonces te conocí, y fué entonces cuando lloré más y más, pidiéndole a Dios el milagro de la risa, que es la música que seduce a las mujeres como tú.

Colo. (*Mimosa.*) ¡Pobre Pierrot!... ¿Ves?... Me vas a hacer llorar... Y yo no quiero llorar, que eso enrojece los ojos y los afea... Si yo te quiero... Te quiero porque eres bueno... y tienes los ojos azules... muy azules. ¿sabes cómo?... como el mar, como el cielo... con esa rayita que distinguimos apenas allá donde se confunden el cielo y el mar... ¡Pobre Pierrot!

Pierrot. Colombina... (*Llevándola hacia la primera derecha. Aparece el Cadete, como se indiça al principio de escena.*) Ven. He de contarle a la luna que es tuyo mi amor. Es gran amiga mía la luna. Amiga nada más. Arlequín propaló que era mi amante. La calumnia Arlequín. La luna es el espíritu de una mujer enamorada del sol, que sabe que no ha de poseerle nunca, y gusta de la plática de los que sufren dolor de ausencia o de abandono.

Colo. Sí, sí... Vamos. Decías que la luna...

Pierrot. Es la confidente de todos los amores... (*Desde dentro.*) ¿No vienes, Colombina?...

Colo. Sí, sí... ¡Ahora voy!... (*Decidiéndose, corre a reunirse con el Cadete.*)

Pierrot. (*Regresando amenazador en su busca, dirigiéndose a la tercera izquierda.*) ¡Colombina!... ¡Colombina!...

ESCENA SEXTA

ot. Por la tercera izquierda, Manolita. Después, por la primera recha, la Muñeca Rubia.

lita. ¡Pierrot!... ¿Qué locura es esa?...
ot. ¡Quiero matarla!
lita. ¿Por qué has de matarla?
ot. ¡Porque me engaña!
lita. No sabes lo que dices.
ot. ¡Sí lo sé, sí lo sé!... ¡Me engaña!... Fué la amante de Arlequín. Maté a Arlequín... Porque yo, fuí yo quien mató a Arlequín... Y ahora me engaña con el Cadete. (*Asoma la Muñeca Rubia, atenta a lo que se dice.*)
lita. Pues sufre y olvida. No pretendas por la fuerza un querer, que mal camino es ese.
t. Es que no puedo vivir sin ella...
lita. Entonces... espera que el desencanto la vuelva a tu lado.
t. Es mala Colombina.
lita. Perdónala.
a. ¡Mátala, Pierrot! Colombina y el Cadete se aman. La gente habla de ti. ¡Rompe el idilio!... Y no llores más. Las lágrimas no conmueven a las mujeres más que una vez. Luego, inspiran lástima; y después, enojo. No llores. Ha llegado la hora de proceder como hombre. (*Llevándose a Pierrot por la tercera izquierda.*) ¡Rompe el idilio Pierrot! *(Manolita desaparece, con gesto de tristeza, por la primera derecha.)*

ESCENA SÉPTIMA

El Padre Antón y La Pepona, por la primera derecha.

¡Por Dios, hermana Pepona!
. (*Llorando fuerte.*) Soy muy desgraciada... Yo ya sé que no soy bonita, pero...
Vamos, vamos, tranquilícese hermana, y cuénteme

de una vez, que ya estoy hasta la... capucha, de... grimitas.

Pepona. Sí, señor. Me habéis llevado por todas las dependencias de la casa...

Antón. Y no hemos perdido el viaje. Encontramos una b... dejita de yemas acarameladas, que eran lo que... dice regalo de Santo, y os he dado dos...

Pepona. Una.

Antón. Dos. La mitad...

Pepona. Una. ¡Eso!

Antón. Justo. La mitad de dos, una.

Pepona. Después...

Antón. Pasamos a la sección de aparatos fotográficos.

Pepona. Entramos en la cámara oscura y... ¡como si a... cosa!... Yo ya sé que no soy bonita, pero...

Antón. ¿Cómo, cómo?

Pepona. Que os habéis portado como un cochero.

Antón. ¡Señor! Perdóname lo que iba a decir, y no me to... en cuenta la intención de esta palabra que se me... capa. ¡Bien dijiste, si lo dijiste tú, que yo no lo... que la mujer es un vaso de impurezas!... ¡Se... Arréglatelas de manera que no tenga nunca se... si la tengo, que no me sea dada el agua en ese v... (*Desde la primera izquierda.*) Márchese, herm... márchese, que yo voy a hacer oración. *(Sale p... primera izquierda, y la Pepona, haciendo pucho... con la punta del delantal en los ojos, por la tere...*

ESCENA OCTAVA

La Novicia y La Damita de la Cruz Roja, por la primera derecha. Después, por esta puerta, El Paje.

Damita. ¿Estáis decidida a profesar?

Novicia. Si esa es la voluntad de Dios...

Damita. Y la vuestra.

Novicia. También, aunque esto importe poco. No conoz... mundo, mas temo su contacto. El mundo es m... anda suelto el demonio en figura de hombre.

Damita. Los hay que no lo parecen, Hermana.

Novicia. ¿Qué decís?... El hombre es la tentación. El ho... es una cosa...

Damita. Muy rica, Hermana. No os asustéis. Yo conoz... hombre de cerca, que le he visto frente a la m... y puedo deciros que es un niño grande, escla...

sus pasiones, de su vanidad y de su inconsciencia. Vedlos aquí mismo. Pierrot es bueno y sentimental. El Payaso es galante y enamorado. El Cadete es tonto, pero tiene una bonita figura. Y el Poeta... ¿qué decís del Poeta? ¿No os conmueve su ternura?

¿Estáis enamorada del Poeta?

¡Sí! Pero el Poeta ama a la Muñeca Rubia, y yo sufro el tormento de los celos.

¿Qué cosa son celos?

El purgatorio de los enamorados. ¿Os llevará al cielo?... ¿Caeréis en el infierno...?

(*Desde la puerta.*) ¡El señor Poeta os suplica le honréis con vuestra presencia, que ha de daros cuenta de un suceso extraordinario! ¡La señorita Manolita ha desaparecido!

¡Jesús!

¿Qué decís?

El señor Poeta ha descubierto un cordón de seda que baja desde la terraza a la calle. La señora Apache sospecha que la señorita Manolita haya escapado con el Rey negro del Bazar de enfrente. El señor Poeta dice que la señorita Manolita ha escrito un gracioso epígrama... El señor Napoleón, pasea, se rasca; no dice nada.

¡Qué escándalo!

¡Hay que enterar al Justicia!

Pasad. Yo corro a dar la voz de alarma. (*Sale tercera izquierda.*)

¡Escaparse con un Rey!...

¡¡Y negro!! (*Salen alborotadas por la primera derecha.*)

ESCENA NOVENA

El Cadete y Colombina, por la primera izquierda.

No hay nadie. Podéis salir, señorita Colombina. Ya habéis oído. La muñeca de los ojos negros se ha escapado.

Y eso ¿os apena?

No. Os juro que no.

¡Oh! ¡Es tan interesante esa niña!...

Yo sólo quiero a vos. ¡Dadme un beso!

¡Oh! Vais muy aprisa, señor Cadete.

No me queréis.

Colo. Mas... Pensad que es celoso Pierrot y que pudi... enterarse.

Cadete. ¡Peor para él!

Colo. ¡Oh! Sois valiente.

Cadete. Fío en mi espada.

En mi patria, los amores
de las bellas adoradas
se conquistan entre flores
o se ganan a estocadas.

Fío en mi espada y leo a Carrere.

Colo. ¡Bravo, señor Capitán!

Cadete. ¿Os gustan las joyas, Colombina?

Colo. ¿Cómo no, siendo mujer?

Cadete. Las joyas se hicieron para las gargantas desnu... de las mujeres.

Colo. ¿Verdad?... ¿Hay nada más lindo ni mejor?

Cadete. Los besos. Un collar de besos.

Colo. ¡Oh! los besos. No sé. Las joyas, sí. Son bonitas a... joyas. Os envidian las que no llevan y nos ha... feliz. Son bonitas las joyas... También vuestro u... forme es bonito. Es lindo...

Cadete. Dadme un beso.

Colo. ¡Oh! ¡Oh! Un beso. ¡Siempre lo mismo... ¡Todos p... lo mismo!... Es lindo vuestro uniforme...

Cadete. Más lindas son esas manos. ¿Me permitís que a... bese?

Colo. ¡Oh! ¡Oh! Las manos... ¡Qué tontería!... Besa... ¡Qué lástima!... ¡No son bonitas las manos es... nudas...!

Cadete. (*Besándolas.*) Yo he de cubrirlas de joyas para q... recordéis siempre que son la copa de los besos

Colo. ¡Oh! Eso está bien. ¿Cuándo? ¿Cuándo?

ESCENA DÉCIMA

Dichos, y por la tercera izquierda, la Muñeca Rubia y Pierrot. De... cada cual por su mutis último. Todos.

Muñeca. ¡Mira! ¡Mira, Pierrot!

Pierrot. ¡Infame! ¡Infame! (*Sollozando.*)

Muñeca. ¡Mátala!

Pierrot. ¡Si es mi vida!

Muñeca. La gente habla de ti. ¡Toma!

Pierrot. ¡Un puñal!

uñeca. ¡Sí! ¡Mírame, Pierrot! ¿Verdad que soy hermosa? ¡Mátala y seré tuya!

errot. ¡Oh!... No...

uñeca. ¡Cobarde! ¡Mírame! ¡Eres un cobarde! Y se ríen de ti...

ierrot. ¡No! ¡Reirse no! ¡Reirse no! *(Rápido se dirige al Cadete, de espaldas, en el ángulo que forma la primera izquierda y el escaparate, y le hunde el puñal; cae el Cadete; la Muñeca, mientras, cruzó hasta la primera derecha.)*

(lo. ¡Aquí! ¡Favor! ¡Socorro! ¡Han matado a un hombre! ¡Favor! ¡Aquí!

Muñeca. *(Cerrándole el paso)* ¡Calla o te pierdes!

Pierrot. *(Sollozando,)* ¡Reirse, no!... ¡Reirse, no!

Novicia. ¡Un herido!

Limita. ¡Pronto!... ¡Un médico!

Nolita. ¡Hay que avisar al Justicia!

Pie. ¡Corro a avisarle! (*Sale primera derecha.*)

Peta. Los hombres no se amarán nunca como hermanos.

Npo. ¡Ha caído uno!... ¡Qué importa! ¡Nada vale la vida de un hombre ante la vida de un imperio! (*Gran pausa. Agrupados junto al herido.*)

Dmita. (*Levantándose.*) El señor Cadete ha muerto.

Alón. En el nombre del Padre...

Novicia. Dios te salve María...

Pie. (*Desde la puerta primera derecha, anunciando,*) ¡El señor Justicia!

Paso. ¿Qué es esto?

Molita. El Cadete ha sido asesinado.

Paso. ¿Quién le mató?

Pierrot. (*Abriéndose paso.*) ¡Yo!... Fuí yo. Le hizo el amor a Colombina.

Mieca. (*En voz baja.*) Gracias, Pierrot.

Pierrot. Ahora, condenadme, señor Justicia.

Paso. ¡Sea!... Pierrot: Has matado. Nadie tiene derecho de vida sobre los demás. Y pues que grave fué el pecado, implacable ha de ser el castigo. Debemos condenarte y te condenamos a la pérdida de todo medio de comunicación con tus semejantes. Tu nombre quedará borrado del libro de los vivos para toda una eternidad.

Tos. ¡No, no!... ¡Justicia!... ¡Justicia!...

Apache. ¡La muerte para el que mató!

Paso. ¿Qué sabéis vosotros de la crueldad de la pena que se le impone? Oidme: Pierrot quedará sólo en ese escaparate, y Pierrot tendrá que ahorcarse o morirá de soledad, que es la más espantosa de las muertes. ¿Conocéis vosotros la verdad de la muerte de Lázaro, de su segunda muerte, después que a la voz de

Jesús resucitó?... Aquel hombre llevaba desde e
tonces en los ojos, y en el timbre de su voz, y en
lívido color de su rostro, el resplandor del eter
descanso; sus hermanos temblaban a su paso con
ante una aparición; y un día, viéndose extraño ent
los suyos, sin que nadie osare hablarle ni nadie
responderle se atreviese, se dejó morir. Ved, pues,
qué hemos condenado a este hombre: a vivir muer
entre los vivos. ¡Esa es nuestra Justicia!

Muñeca. *(A Pierrot, en voz baja.)* Yo he de salvarte. *(Al Ju
ticia.)* Señor: Suspended la ejecución de la senten
hasta haberme oído. Conviene a la brillante histo
de vuestra Justicia que yo declare en este proce

Payaso. Hablad. No se diga que se negó audiencia a aquel
testigos que pudieren favorecer al procesado. ¿De
despejar la Sala?

Muñeca. Bastará con que se retiren estos señores.

Payaso. ¡Bastará!... Ya lo oísteis. *(Quedan formando grup
al fondo y primera izquierda. El Payaso y la Mu
ca dialogan hacia la primera derecha.)*

Muñeca. ¿Cree el señor Justicia que Pierrot mató al señ
Cadete?

Payaso. El Justicia tiene la confesión del delincuente.

Muñeca. Pudo ocurrir que lo hiciera para salvar el honor
una dama.

Payaso. ¡Oh! ¡Vive Dios, qué bello gesto sería ese!

Muñeca. Bien. Supongamos que Pierrot empuñase el hie
que se clavó en el corazón del señor Cadete. N
pudo existir una mano impulsora y darse el caso
que esa mano fuera de mujer y no fea. Por bonita
reputásteis vos siempre, y no miente ni se equiv
la Justicia...

Payaso. Y decís que...

Muñeca. Que muy bien podría acercarse a vos esa mujer p
pediros la libertad de Pierrot, ofreciéndoos en p
recibiros una noche en su casa, siempre que el ga
fuera *Solo, Sumiso* y *Secreto*. ¿Qué decís?

Payaso. ¡Diablo!... El caso es grave... Habría que buscar
precedente... Y decíais...

Muñeca. Que yo conozco a la dama, que no es *fea*, ni *fiaca*
fría, y espera vuestra palabra para cumplir la su
que a señalado favor podéis tener,

Payaso. Bien. Supongamos que la Justicia está conven
de la inocencia de Pierrot. Mas observad que Pie
se declaró autor de la muerte del señor Cadete, y
se le condenó ante un senado honorable. ¿Cómo
vocar la sentencia?

Muñeca. ¡Oh! Ved que os quiero contar lo que ocurrió en
convento que se miraba en las aguas de un río

tan mezquino caudal, que ni nombre tenía, de puro humilde. Y era allí donde unos santos Padres libraban batalla contra el demonio, desterrando de su mesa la carne que solivianta las pasiones para entregarse a la alabanza de las legumbres y el pescado, cuando fué llegada la fiesta del Santo Patrón San Antonio, la rifa en el pueblo del cerdo tradicional y un alma de Dios que hace limosna de unas papeletas a la Comunidad.

Payaso. ¡Alma de Dios! Bien decís, señorita Muñeca.

Muñeca. Mas, entra en escena el diablo, y con su poder de maleficio premia uno de aquellos números que la piedad enviara al convento. Y ved cómo por aquellas puertas abiertas a la mortificación de la carne pecadora, entraba horas después aquella pecadora carne viva de mortificación. ¡Ciertamente pecadora, pero tan rica, que fué el no dormir tranquilos los reverendos hasta hallar la fórmula que armonizase la observancia de la regla y el sacrificio del cochinillo tentador... Y la fórmula se halló. Vedlo; se echó el cerdo al río, aguas arriba; se le pescó, aguas abajo, y he aquí el marrano convertido en merluza, que aquellos santos Padres pudieron comerse en paz y gracia de Dios.-

Payaso. Aguda es, además de hermosa, que de ello no se hable, la señorita Muñeca. Según eso, vos creéis...

Muñeca. Que pudo existir error inicial en el proceso; que Pierrot es un loco que no sabe lo que se dice; que nadie pudo matar al Cadete, puesto que el Cadete se suicidó al verse por una dama rechazado... Ya encontraremos un médico que certifique cuanto a la causa de la Justicia convenga... Y como nadie osará levantarse contra Vos, que para algo disponéis de cárceles donde recluir a los que a la Justicia discutieren, Pierrot se habrá salvado y la dama tendrá á gran honor recibiros en su casa, rendida y enamorada.

Payaso. Prevenid a Pierrot. *(Al «honorable» senado de muñecos.)* ¡Señores! La señorita Muñeca acaba de prestar un señalado favor a la causa de la Justicia. Porque nada hay que perjudique más a la justicia que la injusticia, aunque ésta fuere administrada por error, y ésta y aquélla padecen de consuno cuando por un caso de incapacidad manifiesta se la pone en el trance de prevaricar, aunque la prevaricación fuere inconscientemente que no subrepticiamente. ¿Está esto claro?

Apache. ¡Lumínico!

Payaso. Bien decides si non seguides.

Muñeca. (*A Pierrot.*) Deja hacer al Payaso y te salvas.

Payaso. Pierrot no es el asesino del Cadete. Pierrot lo ha d
clarado, sí; mas Pierrot no supo lo que decía, p
que Pierrot, señores, desde algún tiempo a es
parte sufre mareos en cuanto se le enseña el agu
y esto le ha llevado lógica y racionalmente a enti
garse al vino, aunque con toda la dignidad de
rey: del rey de copas, pongo por caso. Y hay ma
conturbado, perseguido por la sombra de oprob
que proyecta en su vida las constantes infidelidad
de Colombina (*Inclinándose versallescamente*), dic
sea con todo respeto para esta dama, Pierrot no sa
lo que dice ni sabe lo que bebe. Así bebe que se l
pela.

Muñeca. (*En voz baja.*) Divagas, Payaso.

Payaso. Decíamos, pues, que los hombres, cuando se enam
ran, pierden el poco sentido común que Dios qu
concederles. Y ved lo que la Justicia, saca en cla
todo esto que ha de pareceros algo oscuro, y q
vosotros acataréis por... Porque la Justicia no pue
equivocarse. El señor Cadete se suicidó por habe
rechazado una mujer de la que estaba enamora
¡Paz a los muertos, y devolvamos nuestra consid
ción al siempre pálido señor de Pierrot!

Poeta. (*A la Damita.*) Venus no es sabia, pero siempre
bella.

Apache. (*A la Muñeca.*) Ya es libre Pierrot. ¿Y el precio?

Muñeca. ¡Bah!... El hombre es un muñeco de pocas exig
cias. ¡Los hombres!... Todos te miran las pier
antes que a los ojos... (*Dentro, en la primera
quierda, suena un timbrazo. El Paje, que estab
guardia, dirigiéndose a Napoleón, cuadrándose,
la voz de alarma.*)

Paje. ¡Los humanos!

Napo. ¡Hay que darles la batalla!

Payaso. Deliras, Napoleón. Nos vencerían. Nos ganan
ferocidad. ¡Cada cual a su sitio!... ¡Pronto! ¡Prim
las damas, caballeros! ¡Pasad, señorita Muñe
(*Ocupan sus puestos en los escaparates, mientra
Paje apagó las luces, entrando el último.*)

ESCENA UNDÉCIMA

A SEÑORA y LA DEPENDIENTE, por la tercera izquierda. Esta, al entrar, enciende la lámpara del centro de escena.

epen. No esperábamos ya a la señora... Créanos la señora, que a no ser por el gusto que tenemos en servirla... (*Abriendo el escaparate.*)

eñora. Muchas gracias.

epen. ¿Me permite la señora? (*Invitándola a sostener la Muñeca.*) Sí, sí... de ese brazo. (*Entre las dos cogen la Muñeca, dejándola de pie en escena. Al darle cuerda la Dependiente, mueve los brazos, la cabeza y los ojos, y echa a andar hacia la tercera izquierda, en cuya dirección se la dejó.*)¿ No la dige? Es una mujercita. Lo más perfecto de la casa.

ñora. ¡Oh! También el precio... ¡No diga! Es muy cara.

epen. Es lo último, señora. Y créanos que no ganamos. Si se la lleva la señora, es por el gusto de servirla. Tenga la seguridad de que perdemos con estos juguetes buenos. (*Descubriendo al Cadete muerto.*) ¿Eh?... ¿Qué es esto? ¡Un muñeco!... ¡Y un puñal!...

ñora. (*Riendo.*) ¡El Cadete ha sido asesinado!...

pen. No se ría la señora. Este muñeco estaba en ese escaparate cuando yo salí. Acuérdese la señora... Tengo la seguridad. Las llaves... véalas la señora. Y aquí no entró nadie...

ora. Tranquilícese, y averigüe si algún dependiente, como Maese Pedro, tira de los hilos y representa esta farsa que las trae a ustedes tan preocupadas. Tranquilícese.

pen. No sé, no sé... Puede que sea eso... (*Apagando la luz.*) Por si acaso, mañana mismo hago que me cambien de sección... (*Salen por la tercera izquierda, llevándose la Muñeca, después de darle cuerda. Los muñecos saltan todos a escena, encendiendo la luz de la escena que representaron ellos.*)

ESCENA DUODÉCIMA

os los muñecos por el orden en que hablan, inquietos, alborotados.

ona. (*A gritos.*) ¡Pobrecilla!... ¡Ponte guapa *pa* esto!

che. Debísteis romperle un brazo a esa señorona.

Poeta. Ya no la veremos más.

Payaso. ¡Maldición para nosotros!

Antón. Es la voluntad de Dios.

Napo. ¡Cállese el fraile!

Novicia. ¡Por la Virgen!... Cesen vuestras disputas, que ha cen de esta casa de silencio y de reposo, una mansió de locura y de impiedad.

Poeta. ¡El encanto de sus bucles de oro! ¡El milagro de su ojos azules!... Todo perdido. ¿Para qué sobrevivir esta desgracia? (*Desesperado, coge una pistola d escaparate, apuntando al corazón.*)

Mujeres. ¡Ay!... ¡Se va a matar!

Payaso. ¡Bah! No os inquiete la preciosa vida del señor Poe ta. Olvidásteis que esa pistola es de juguete y que s balín de corcho está sujeto por una hebra de sed para mayor seguridad. ¡Ea! Despertad. Toda ficció tiene su término y ha llegado el nuestro. ¡Y bien n portamos; habéis tomado tan en serio vuestro pape que hubo momentos en que se os creyera hombre así les imitábais en sus absurdas y grotescas pant mimas! ¡Despertad, despertad todos! Y tú, Cadet arriba, que la farsa acabó y baja lento el telón.

Damita. (*Avanzando al proscenio derecha.*) Sea para vosotr el último pensamiento de estos muñecos, a los q Dios quiso conceder el dón de la palabra y del m vimiento durante una hora, en esta noche aroma de leyenda.

Novicia. (*Avanzando al lado opuesto.*) Piensa que un día, esta fiesta de los Reyes, aquel tu nietecito de riz de oro que despierta en ti el fragante recuerdo una novia muerta, acaso nos clave los ojos con alfiler o nos destripe con aquel punzón de marfil q tu vieja guardara en la canastilla de encaje, co recuerdo de la fiesta de sus bodas. Sé bueno. ¿Q pierdes en ello?... ¡Por amor de caridad!

TELÓN

Teatro, de Alejandro Bellver

La Sonata de los Pinos

Comedia en tres actos.

Al ritmo de la vida

Comedia en tres actos.

Caminitos de plata

Cosilla en un acto.

Muñecos

Farsa escénica en un acto.

"En el cielo hay un librito..."

Comedia en un acto.

EN PREPARACION

Los apuros de Bonilla

Comedia cómica en tres actos.

Como los pájaros

Comedia en tres actos.

El último hidalgo

Drama en tres actos.

El expreso de Irún

Paso de comedia en un acto.

PRECIO

2 Ptas.